

La exposición “Escrito en el tiempo”. Museo de Cáceres

Entre otros significados, las piezas de los museos tienen el del eslabón que une materialmente a la generación actual con las pasadas, los que ya no están. Cuando nos encontramos ante una azuela de piedra pulimentada neolítica, o ante un candil artesanal de chapa de hierro, hemos de pensar que esos mismos objetos fueron fabricados y utilizados por personas como nosotros, diez o cien generaciones atrás; esas personas ya desaparecieron y generalmente no ha quedado más recuerdo de ellas que los artefactos, éstos son el vínculo físico que nos une a ellas, son la herencia que nos han dejado a todos, de ahí que les demos tanto valor como para conservarlos en los llamados *templos de las musas* custodiados y expuestos para su disfrute colectivo.

Ahora bien, numerosas sociedades humanas han incorporado la escritura a su *corpus* cultural, lo que nos da múltiples posibilidades, entre ellas quizá la más importante es la de fijar la memoria, dejar un recuerdo duradero de las personas y los hechos capaz de traspasar cientos de generaciones. Además de los documentos de todo tipo, a veces encontramos la escritura, como expresión de esa voluntad de perpetuarse, plasmada sobre los objetos mismos, añadiendo a éstos una información que, por un lado, los individualiza sobre el resto de objetos similares, y por otro los enriquece con un testimonio exclusivo del que los demás carecen y que para nosotros a menudo resulta precioso.

Esta circunstancia, la de los textos de todo tipo visibles sobre objetos que forman parte de las colecciones de los museos, y particularmente en nuestro caso, de la colección del Museo de Cáceres, es la que nos llevó a reflexionar sobre el valor de tales textos y sobre el interés que ahora tienen para que podamos saber más sobre esas piezas y, sobre todo, sobre quienes las fabricaron o utilizaron y sobre lo que pensaban aquellas personas. Del 18 de Mayo al 30 de Octubre de 2011, el Museo de Cáceres ofrece la exposición temporal *Escrito en el tiempo. Escritura y escrituras en la colección del Museo de Cáceres*, formada íntegramente por objetos de la propia colección del museo, la mayor parte de los cuales no pueden verse habitualmente por encontrarse en la reserva, que coinciden todos ellos en llevar diferentes tipos de inscripciones hechas con los más variados fines, y transmiten una importante información que añade un valor esencial a las piezas. Quienes dejaron sobre ellas los testimonios escritos que se presentan, en realidad

estaban escribiendo en el tiempo, superando la dimensión temporal para fijar la memoria de su existencia muchos años, o siglos, después de su desaparición física.

La muestra se desarrolla en nueve bloques temáticos referidos a algunas de las principales funciones que la escritura ha desempeñado y desempeña en la cultura, ejemplificadas en los objetos seleccionados. El primero de estos bloques, denominado “escritura sin escritura”, trata de llamar la atención sobre la plasmación de signos gráficos para transmitir información de cualquier tipo, particularmente en contextos culturales no dotados de escritura; la exposición plantea la cuestión de si tales sistemas de representación gráfica no serían en realidad una especie de *escritura*, es decir, signos trazados para emitir un mensaje, sin *escritura*, en el sentido de representación gráfica del lenguaje hablado.

Un segundo capítulo de la muestra es el referido a los diferentes sistemas de escritura, con especial énfasis sobre los que han sido propios del Mediterráneo, debido principalmente a que son los que aparecen con más profusión en las piezas de la colección del Museo. Aquí se hace una referencia a la aparición de la escritura pictográfica en Mesopotamia a finales del IV milenio a. C.; a partir de esa primera invención, encontramos una evolución y difusión de los sistemas de escritura antiguos al mismo tiempo que, por lo menos, otra invención independiente en América hacia el siglo III a. C. Los jeroglíficos arcaicos egipcios, la escritura del Valle del Indo o los sistemas Lineal A y B de Creta son algunos ejemplos, pero también la aparición de la escritura en China, sin que esté claro si es invención propia e independiente del Próximo Oriente o hay una cierta difusión expresada en una grafía totalmente distinta.

Un gran avance de la escritura fue conseguir la representación del sonido de una palabra con un símbolo gráfico convencional, de manera que se superaron los primeros sistemas que representaban objetos o ideas utilizando figuras, para que los signos pasasen a representar las palabras tal como eran pronunciadas. A partir de ahí, los signos son capaces de plasmar ideas abstractas, acciones o verbos, pero la mayor revolución vino dada por la creación del alfabeto, con el que se consigue reducir el número de signos a menos de treinta, combinándolos para reflejar los sonidos que forman las palabras y permitiendo un aprendizaje rápido y más sencillo. Hacia el 1400 a.

C. se encuentra ya el alfabeto protocananeo, y en torno al siglo XI a. C. aparecen inscripciones fenicias correspondientes a una escritura horizontal de derecha a izquierda, cada letra tenía su posición en un alfabeto de veintidós letras. Estos sistemas surgen y se difunden en el contexto de las actividades comerciales de estos pueblos en Asia y el Mediterráneo; a través de ellas, hacia el siglo VIII a. C. los griegos se habían apropiado del alfabeto fenicio, introduciendo importantes cambios como la invención de los símbolos de las vocales; ellos impusieron el alfabeto en todos los ámbitos de la vida, desarrollaron la literatura y superaron el ocultismo que hasta entonces había rodeado a la escritura como conocimiento iniciático reservado sólo a unos pocos profesionales.

Por su parte, el alfabeto latino deriva del griego, probablemente a través de las colonias de la Magna Grecia, de donde sería adoptado por los etruscos; en Roma, el alfabeto se normaliza, y de ahí se expande por toda la península y, luego, por el Occidente europeo, llegando a ser la forma universal de escritura en todo el mundo occidental, sirviendo de base para la escritura de las lenguas romances y las anglosajonas. Al mismo tiempo, se dio un proceso similar de expansión de la escritura por el Próximo Oriente, donde los sistemas indios beben de la fuente semítica y de la escritura fenicia deriva la nabatea, que dará lugar a la actual escritura árabe, que tiene en común con los sistemas semíticos la ausencia de signos para las vocales. Así, puede decirse que la práctica totalidad de los sistemas de escritura actuales deriva en última instancia de las escrituras semíticas o de la antigua escritura china.

Una referencia importante de la exposición es la relativa a los distintos soportes y técnicas utilizados en la escritura. Prácticamente cualquier material, orgánico o inorgánico, duro o blando, ha sido usado para escribir, dando lugar a numerosas técnicas y herramientas, pero además, la propia evolución de la escritura está relacionada con los materiales en que se aplica; ya sabemos que el tipo de letra que se usa en una inscripción en piedra no es el mismo que la cursiva de un documento escrito con tinta sobre papel, y esto es así desde las primeras muestras de escritura.

Las primeras muestras de escritura fueron incisas sobre placas de arcilla, pero después la cerámica ha seguido siendo un soporte muy utilizado; son bien conocidos los casos de ceramistas griegos que decoraban sus obras dejando la firma sobre ellos, y la superficie de los vasos cerámicos se ha

utilizado en toda época para agregar textos pintados, incisos, o incluso formados por pequeñas piedras como sucede en la cerámica enchinada extremeña.

Los materiales orgánicos son sin duda los más utilizados a lo largo del tiempo para escribir; la madera, la cera, el bambú, el corcho y cortezas de otros árboles, los caparzones de tortuga, el asta de bóvido, el marfil, la lana y el lino y, por supuesto, el papiro, incorporado por los egipcios, el pergamino, muy utilizado por los romanos y sobre todo en la Edad Media, y el papel, de invención china y llegado a Europa a través del mundo islámico.

De entre los materiales inorgánicos, la piedra es el más frecuente y duradero, se trata del soporte por excelencia de la epigrafía desde la Grecia clásica, y es el más apto para inscripciones votivas, funerarias, triunfales, legislativas, etc. hasta el presente. En general, el granito ha sido la piedra más usada, pero también la pizarra y, sobre todo, el mármol. De los metales aptos para la escritura el preferido es el bronce, por su resistencia y durabilidad como contenedor de documentos de valor jurídico; así como el plomo y, desde los adelantos tecnológicos a partir del siglo XIX, todo tipo de soportes como el vidrio, el plástico, etc.

A partir de aquí, la muestra recoge las principales funciones de la escritura sobre los objetos expuestos, que podemos resumir a grandes rasgos en:

Escritura para identificar

Las personas y los objetos tienen y reciben sus nombres tanto si existe la escritura como si no, pero ésta contribuye a fijar la denominación de las cosas y los individuos de forma que sea evidente y objetivo para todo aquel que sea capaz de descifrar el código, y además sirve para trascender en el tiempo las vidas de las personas. Los letreros de todo tipo que desde muy antiguo se han utilizado para indicar lugares cumplen también esta función identificadora; un ejemplo muy evidente son los rótulos con los nombres de las calles y la numeración de las casas de los que se exponen dos ejemplares cacereños.

Escritura para ensalzar

Los textos laudatorios no sólo sirven para ensalzar el poder terrenal, sino que a menudo tienen también un contenido religioso, tratan sobre el origen de la vida y se refieren al más allá, y es que ésta es otra de las

características de la escritura desde sus inicios, la íntima conexión con el mundo de la organización religiosa. A lo largo del tiempo, hay varios casos de sistemas de escritura asociados a lenguas vinculadas con grandes sistemas religiosos; el latín, por ejemplo, aún conserva una importancia de primer orden en todo el mundo católico, a pesar de ser considerada una *lengua muerta*; algo semejante sucede con el árabe en el Islam, ya que es la lengua en que se reza y recita el Corán, con el hebreo y su papel en la religión judaica, el sánscrito en las tradiciones religiosas de la India, y el chino vinculado con el confucianismo y el taoísmo.

La moneda es también un ámbito idóneo para la glorificación del soberano y del pueblo que las emite y utiliza; ya las primeras monedas griegas representaban los símbolos de las ciudades que las acuñaban, y en Roma se impone la costumbre de presentar la efigie y el nombre del Emperador en la moneda, algo que se mantiene en el mundo cristiano en la Edad Media, mientras que en el ámbito islámico sólo aparece el texto debido a la prohibición de representar la figura humana. La moneda moderna repite en todo el mundo este esquema y sigue siendo una de las vías más utilizadas para la fijación de imágenes simbólicas del estado emisor.

Los retratos oficiales o la iconografía religiosa son otros soportes idóneos para la glorificación y ensalzamiento de los poderes terrenal y celestial; el texto a menudo acompaña a las imágenes para explicar aquello que al súbdito o al feligrés se le escapa por causa de sus limitados conocimientos de la iconografía.

Escritura para dedicar

A través de la dedicatoria, la persona que la ofrece trata de ganar el favor del destinatario al que se dirige, de modo que el objeto sobre el que se inscribe el voto es en realidad un mero vehículo para contener la expresión de ese deseo de beneficiar a la persona o grupo al que se dedica el presente. Esto se refleja en las inscripciones votivas y honorarias de época romana, las primeras suelen dedicarse a una divinidad, incluyendo por lo general el nombre del dedicante, el motivo de la ofrenda y a veces otros datos como la fecha y el lugar, acompañados de fórmulas convencionales como D. D. (*Dedit, dedicavit*, Dado, dedicado), F. C. (*Faciendum curavit*, Se encargó de hacerlo) V. S. L. A. (*Votum solvit libens animo*, Cumplió su promesa de buen ánimo), etc. Las honorarias suelen corresponder a estatuas o monumentos públicos dedicados

a un personaje, y acostumbran a llevar el nombre de la persona a la que se dedica precedido de la fórmula *In Honorem* (En honor de), el del dedicante y los motivos de la dedicación, a veces acompañados de los habituales *Fecit* (Lo hizo), *Poni iussit* (Lo hizo colocar), etc.

La epigrafía funeraria árabe también tiene un cierto componente dedicatorio, y suele iniciar estas inscripciones con la fórmula conocida como *basmala*, una frase introductoria que se usa en el inicio de las *suras* del Corán y, en general, en numerosos documentos e incluso como motivo decorativo: *En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso*. Además de muestras de estas inscripciones, el Museo de Cáceres posee algunas obras dedicadas por sus autores, como el retrato de la niña María Picón, dedicado al padre de ésta por su autor Emilio Sala, o los retratos de un árabe y de una señora, dedicados a Ramón Sanabria por sus respectivos autores, Eduardo Urquiola y Francisco de Asís López.

Me fecit

Me fecit (Me hizo) y *Ex. Off.* (*ex officina*, Del taller de) son las frases latinas más usuales que identifican al autor de una obra de arte; son fórmulas usuales para perpetuar la memoria de los creadores, algo que se generaliza desde el Renacimiento, pero que tiene importantes antecedentes históricos en los ceramistas, pintores y escultores griegos de quienes conocemos nombres como Clitias, Exequias, Zeuxis, Apeles, Mirón o Fidias. También los artífices romanos firman lucernas, espejos, ánforas, platos, mosaicos e incluso tuberías de plomo, como la que se muestra en la exposición.

La costumbre de firmar la obra de arte nos permite conocer los nombres de no pocos pintores y escultores del pasado, pero será a partir de los siglos XVIII y XIX, y muy especialmente con el inicio de la producción industrial de numerosos objetos, cuando encontremos con frecuencia la marca de los artesanos, o más bien de la fábrica para la que trabajaban, sobre obras consideradas “menores” como la loza, las herramientas y armamento de acero fundido, el cuero curtido, e incluso la cerámica común.

Escritura y propiedad

Otra de las funciones primordiales de la escritura deriva del interés por distinguir los objetos con una marca de propiedad inequívoca y a la vista de todo el mundo que sirva para disuadir a otras personas de apropiárselos, que permita identificarlos en caso de extravío y, sobre todo, que muestre bien a

las claras a quién pertenecen determinados bienes, especialmente los de prestigio, para transmitir una idea de su estatus social.

La antigua y duradera voluntad de marcar los objetos con el nombre de quien los posee o los ha adquirido, es ahora para nosotros un excelente canal de información sobre detalles del uso y datación de aquéllos. La expresión más usual para denotar esta propiedad sobre los objetos es el conocido “Soy de...” que aparece en multitud de piezas de todo tipo: espadas, cuchillos, zurrones, carteras, mantas, toallas, fajas, medias, cerámicas, joyas, etc.

Escritura y mensaje

Verba volant, scripta manent, dijo Cayo Tito, “las palabras vuelan, los escritos permanecen”; la sentencia incide sobre la fugacidad o volatilidad de lo que se habla, frente a la permanencia en el tiempo de aquello que queda fijado mediante la escritura, su significado pueden entenderlo todos los que conozcan el código utilizado al escribirlo incluso muchas generaciones después de que haya desaparecido el autor. Sin duda, ésta es una de las principales utilidades de la escritura, más allá de servir como canal de comunicación a larga distancia merced a los actuales soportes del hipertexto en la red universal, es decir, el mensaje que se transmite mediante la escritura tiene la virtud de quedar fijado en una forma estable para el futuro.

Tradicionalmente, por medio de la escritura se ha transmitido todo tipo de mensajes, desde la carta de amor a la cita a través del mensaje de teléfono móvil, pasando por los asientos contables de todo tipo. Un ejemplo de ello son las jarras que se exponen, dedicadas a la diversión y sociabilidad vinculada al consumo público de bebidas alcohólicas; los lemas plasmados sobre ellas coinciden en incitar al disfrute de la vida por encima de las dificultades y amarguras de la vida cotidiana. Este *carpe diem* resume en unas pocas frases toda una filosofía de vida que nuestros antepasados quisieron transmitirnos a través del tiempo, y lo hicieron, como no podía ser menos, mediante la escritura. Lo dejaron escrito en el tiempo.

J.M. Valadés Sierra
Director Museo Provincial. Cáceres (España)